

ECO DEL SEGURA

AÑO VII.

CIEZA 19 MARZO DE 1911.

NÚM. 299.

BANCO DE CARTAGENA

CARTAGENA, MURCIA, SEVILLA, ALICANTE, HUELVA, LORCA, LA UNIÓN, ÁGUILAS, ORIHUELA MAZARRÓN, CIEZA
CARAYACA, MELILLA, HELLÍN, EL CHE, CADIZ Y YEOLA.

CAJA DE AHORROS

Saldo anterior	Ptas. 14.960.280'98
Imposiciones durante la semana	« 336.866'05
SUMA	Ptas. 15.297.147'03
Reintegros.	« 313.936'01
SALDO	Ptas. 14.983.211'02

Cartagena 11 de Marzo de 1911

SUCURSAL DE CIEZA HORAS DE DESPACHO

CAJA: De 9 á 1, y de 3 á 4 y 1/2.
OPERACIONES Y GIROS: De 10 á 1.

ECO DEL SEGURA felicita sinceramente en el día del Santo Patriarca, á todos los Pepes y Pepas, Josés y Josefas, Pepitos y Pepitas, amigos y suscriptores, deseándoles larga vida y prosperidades sin cuentos.

Del Día

Quejas de los de arriba por desobediencia é insurrección de los de abajo; quejas de éstos por presiones y abandono de aquellos; quejas por todas partes, leemos en la prensa de todos los Estados y Naciones del Globo, y oímos de todos los labios y á todas horas.

Los unos se afanan por justificar las suyas, aduciendo en su favor, el trabajo penoso y constante que realizaran, para salvar á los proletarios del abandono en quien están sumidos, y para arrancarlos de las aceradas y poderosas garras de la miseria, y la falta de paciencia de los indigentes para soportar los reveses de la Fortuna.

Los pobres, presentan como justificación de sus peticiones, la razón po-

derosa de que han de comer y de qué no tienen; de que el hambre no espera ni respeta nada; de que no hay trabajo. Y deducen, juzgamos que con motivo, que mal puede esperar el que ve á su alrededor tiernas criaturas, inocentes, no culpables de nada, que piden pan, y no hay pan para darles; que no hay argumentos para éllas, porque no pueden discernirlos ni penetrarlos, y que el amor de padre á todo conduce, antes de ver morir de necesidad á los pedazos amantes y amados de sus entrañas.

De este malestar general que se respira por todas partes, porque llena los ámbitos del mundo entero, tienen la culpa unos y otros:

Los altos, por no dar al pobre, no razones que son innecesarias en casos como el presente, sino pan para él y para los suyos, del mucho pan que malgastan y tiran en caprichos; en comilanas opíparas, en banquetes de

Baltasar, sin ver las fatídicas letras sobre las paredes del amplio comedor, y sin pensar en aquél: *Mane, thecel, Phares.*

Los pobres, por no ser humildes, recogiendo el socorro que bondadoso corazón les otorgue en tiempos calamitosos como el presente, haciendo de él lo que la hormiga: No comerlo en un día; repartirlo y gastarlo con equidad; porque el rico, si está obligado MORALMENTE á socorrer al pobre, el pobre no puede LEGALMENTE exigir que un día y otro el rico cubra sus necesidades y á ellas atienda, porque él lo pida, sin derechos para éllo.

Otra de las razones que hacen brotar de todas las bocas las quejas del malestar unánime que padece la sociedad actual, es la falta de unión, la carencia absoluta de respeto, la inexistencia de subordinación y concordia que debe haber, sin distinguos, entre gobernantes y gobernados; entre poderosos é indigentes, entre amos y criados.

Hoy todos soñamos tener derechos, cuando desconocemos nuestros deberes; hoy se respira ese aire inficionado de falsa libertad, esa atmósfera viciada de igualdad, que jamás existió ni existir puede nunca; hoy todos nos creemos con derecho á inspeccionar los actos, las gestiones, la administración, hasta los pasos y modos de pensar de todos nuestro semejantes, sin excepción, sin cuidarnos de quien ó quienes sean, ó puedan ser, los que tratamos de molestar, con nuestra condenable curiosidad, que á nada nos lleva ni nada nos reporta, ni otra cosa ha de producirnos que disgustos, antipatías y sinsabores. No porque tratemos de investigar y de publicar los regodeos de los que á costa ajena se enriquecen, mientras nosotros y los nuestros desfallecemos de inanición; no, sino porque no entendemos aquello que tratamos de discutir y de averiguar, y nos vemos, en la casi totalidad de los casos, como el pastor que tiene un bri-

llante entre sus manos, y lo destroza á fuerza de golpes, para ver las luces que refractan sus hermosos senos.

En el noventa y cinco por ciento de los casos en quienes tratamos de averiguar las faltas cometidas por otro semejante nuestro, no buscamos la defensa de intereses propios, ni el que sea restablecida la verdad al trono del que fué despojada, ni la rehabilitación de la justicia escarnecida; perseguimos como dijimos antes, en el noventa y cinco por ciento de los casos, la venganza pasional y personal, el aniquilamiento y destrucción de la idea, por ser contraria á la que sustentamos.

¿Y, tienen la culpa la ineducación la carencia de conocimientos, la desposesión de lógicas argumentaciones, la falta de atisbos para penetrar en las entrañas de las nebulosidades sociales? Sí; creemos que sí.

¿Pero esto sólo es la causa de las quejumbres del mundo entero?

No; sostenemos que no.

Los grandes, los altos, los ricos, los poderosos, tienen la culpa principal de las mundanales querellas, porque encastillados en el alto parapeto de su soberbia, cegados por la vanda impenetrable de su codicia y poseionados de un omnímodo y absoluto poder del que carecen por derecho y por deber, siempre tienen á mano la lógica del león de la fábula: «Tomo la primera parte, porque llamo León.»

Sus dictados, buenos ó malos, rectos ó ilógicos, han de ser obedecidos por aquello de, «yo lo dije;» resucitando los tiempos de Pitágoras y de la Edad Media, cuando como último argumento se empleaba el: «Magister dixit.» Lo dijo el maestro.

Romped, soberbios, vuestro infundado poderío en la potente losa de la razón y de la humildad; deponed vuestra actitud, considerando al inferior, no como inútil mercancía, sino como vuestra propia hechura y como vuestra persona misma.

